

# EL TIPO REZAGADO Y LA CIENCIA ESPAÑOLA

(Una lectura crítica de *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja)

JUAN FRANCISCO MARTÍN DEL CASTILLO  
SEHIC (UNED-Las Palmas)

## RESUMEN

En este artículo, ofrecemos una lectural inusual de *El Árbol de la Ciencia* (1911). A través de una pieza clave, el «tipo rezagado», realizamos una interpretación crítica y moderna de la obra, donde la ciencia juega un importante papel.

## ABSTRACT

In this article, we give an unusual reading of *El Árbol de la Ciencia* (1911). On a touchstone, the «tipo rezagado», we make a modern and critical interpretation, in which the science plays an important role.

*«Si veíamos la Alemania de Sadowa, de Bismarck y de Molke, ignorábamos que detrás de ésta o, mejor dicho, como sustentáculo de ésta había la de Siemens y Krupp. Si nos fascinaban las empresas de la Francia napoleónica, apenas recordábamos la Francia de Biot, Laplace, Monje y Fourcroey. Si nos infundía asombro el poder marítimo de Inglaterra, no sabíamos que aquellos navíos fuesen los mastines o guardianes de las manufacturas y carbones de Manchester y Cardiff... Los métodos pedagógicos aquí imperantes y la atmósfera común de la sociedad española substrajeron todo ese hemisferio de la realidad contemporánea al examen, al aprecio y a la emulación de la juventud.»*

(M. S. Oliver, *La literatura del desastre*, 1907).

## I. EL TIPO REZAGADO

Bajo este epígrafe, como reclamo general, irán sucediéndose los apéndices relativos al comentario de la situación educativa, académica y, en parcela mayor, de la ciencia española en su reflejo literario de *El árbol de la ciencia*<sup>1</sup> de Baroja. En buena cortesía, se hace patente adelantar el suficiente interés, a más de un prudente comienzo. Con tal requerimiento, principiemos por echar un vistazo general al panorama exterior a la España ochocentista.

### La Europa de la ciencia

Supongamos que estamos hablando de un período cronológico extendido entre los años finales de la tercera centuria pasada y los extertores de ésta. Esto es una demarcación no precisa, porque en justicia, solamente queremos hacer llegar las grandes líneas fuerza de un movimiento. Pues bien, dicho esto, la Europa de aquellos tiempos bulle en animación intelectual y científica. Los individuos, preocupados en actividades difusas, leen con inusitada curiosidad los nuevos prodigios de los sabios. Estos, desprezados por las *Luces* de negruras pretéritas, pasan del anonimato absoluto a la popularidad rabiosa. Es un sentimiento de renovación civilizatoria; el *Progreso*, en una palabra<sup>2</sup>. La paleontología, antes rama de nadie sabe qué ciencia, es discutida en lugares públicos como la cosa más normal. Es el París de los 30 a 40. Cuvier, el sabio pluriem-pleado de la ciencia, impone su férula en los terrenos de la Academia Francesa. *El Origen de las especies* (1859), junto con sus precursores galos (Lamarck), impacta decisivamente en las mentes estrechas de los puritanos. Darwin es acusado del delito de lesa a la humanidad (el R. Wilberforce). Los periódicos vuelan en torno a la noticia: un debate tiene lugar en la aulas de la Universidad para juzgar la solidez científica de los postulados darwinianos. La polémica nace. Karl Marx, gran visionario, reconoce en Darwin al nuevo Newton de las ciencias de la vida; y aún es estudiado el paralelo de las doctrinas del Carlos inglés sobre las del Carlos alemán. Por si esto fuese poco, las innovaciones teóricas se pisotean entre sí: el ferrocarril por fin recorre las tierras británicas. Watt, o mejor la «civilización de Watt», ha triunfado. Hasta los matemáticos y la lógica luchan por no quedar a la zaga. Frege, Bolzano, Gauss son las antorchas que iluminan el camino.

El movimiento se hace imparable. Al grito europeo de ¡*Progreso!* y ¡*Felicidad!* responden diferentes naciones del mundo. Y América, en especial los Estados Unidos, sale al encuentro de la modernidad, aunque su avance será mucho más industrial y tecnológico que puramente de índole científica.

<sup>1</sup> PÍO BAROJA: *El árbol de la ciencia*. Madrid: Alianza, 1981, 18.ª ed. *Adc*, en adelante.

<sup>2</sup> Sobre la idea de Progreso ha escrito el británico John Bury un famoso libro del mismo rubro (Madrid: Alianza). En España, el Progreso, sobre todo, a finales del 800, fue un vocablo bastante extendido en las publicaciones de régimen periódico como revistas y diarios.

Y en importante ocasión de acudir a la unión con las naciones civilizadas, *¿que hace España?*

### El tipo rezagado

Baroja utiliza la expresión para definir a un estudiante de medicina, compañero de Andrés Hurtado, que «sacaba los años de carrera en dos». Sin embargo, creo que puede hacerse extensiva al colectivo español decimonono. Esto es:

«(...) era un rezagado en todo: en la carrera y en las ideas. Discurría como un hombre de principios de siglo. La concepción mecánica actual del mundo y de la sociedad para él no existía.» (*Adc*, 46).

Así era, exactamente, la particular configuración de la sociedad en este país del 800. Rezagada en todo: en cuestiones sociales, políticas, etc. La carrera nacional brillaba por su ausencia. España estaba en retroceso, políticamente y geográficamente. Había acabado, hacía ya bastante tiempo, el aura del ostento español, del Quijote valeroso: era la hora de sacudirse el polvo de la historia y enfrentar el futuro. Empero, no supieron entenderlo así quienes obligados estaban por situación, ingenio o poder. El *rezagado* será de ahora en adelante el nuevo estigma que avisa de la condición de un pueblo, el hispano <sup>3</sup>.

Entre los «caracteres nacionales» (idea partida de Gobineau), ya hay uno nuevo, que no hace sino confirmar la leyenda negra patria. Baroja nace a esta incuria española y escribe...

### Lo extranjero

La perspectiva no queda bien encuadrada, salvo que haya un correlato interno que asevere el «desastre». (Aunque bien es verdad, que tomo la expresión del título de un libro de un prestigioso periodista, de época un tanto posterior [M. S. Oliver y su obra *La literatura del desastre*, 1907], he de decir, en favor mío y de esta licencia histórica, que el desastre que tuvo como punto focal los sucesos de 1898, viene

<sup>3</sup> Ya en el año de sus comienzos literarios (1899), decía Baroja, al opinar sobre el 98 literario: «(...) los españoles son hombres del pasado, y en su literatura, en su arte, en la guerra, en todas las manifestaciones manifiestan [sic] un espíritu y una inteligencia superiores cuando emplean las viejas fórmulas, que cuando emplean las nuevas» (*Textos de Historia Moderna y Contemporánea (siglos XVIII-XIX)*, en *Historia de España*, t. XII, dir. Manuel Tuñón de Lara, Barna: Labor, 1985, pág. 298).

conducido muy de antes por la nefasta política española en todos los márgenes de la realidad práctica, como reconoce nuestro ilustre paisano, Nicolás Estévanez en sus *Memorias* (1899). Quede aquí mi explicación)<sup>4</sup>.

Es decir, España a ojos europeos era un sinfín de calamidades y descalabros. Incluso en la centuria anterior Goethe ratificaba el supuesto. Pero, ahora queremos desarrollar la versión interna (intrahistórica) de la situación. En definitiva, ¿Cómo vería el español medio de la época el país en sí y en su entorno? Baroja da de nuevo la pauta.

«(...) los periódicos daban una idea incompleta de todo; la tendencia general era hacer creer que lo grande en España podía ser pequeño fuera de ella, y al contrario, por una especie de mala fe internacional. (...) España entera, y Madrid sobre todo, vivía en un ambiente de optimismo absurdo: todo lo español era lo mejor (...) Esa tendencia natural a la mentira, contribuía al estancamiento, a la fosilización de las ideas (...).» (*Adc*, 13).

Reconozcamos, pues, en la mentalidad general un acomplejamiento estúpido y sin base racional aparente. La cultura española escondía la cabeza cual avestruz gigantesco y perdía la vista al esfuerzo regenerador que por doquier realizábase. Es más: la poca fuerza que llegaba de tierras foráneas no colmaba la urgente necesidad de un salto histórico («(...) la acción de la cultura europea en España era realmente restringida y localizada a cuestiones técnicas», *ibid.*).

Esta localización hizo o logró —pongo por caso— que el Puerto de la Luz fuera construido siguiendo modelos y técnicas inglesas, o que, extrañamente, llegaran ingenieros polacos a Canarias y otros puntos del territorio nacional<sup>5</sup>; sin embargo no accionó como agente propulsor de la adormecida cultura académica de las Universidades. Estas últimas eran pasto del bache general: «aquel ambiente de inmo-

<sup>4</sup> Una de las razones por las que traemos al recuerdo la obra de este mallorquín (1864-1920), viene expuesta por Gregori Mir en la *Introducción* (pág. 43) a la antología, *La literatura del desastre* (vid. **Bibliografía**): «El será el primero en denominar literatura del desastre al conjunto de obras que durante aquellos años aparecieron»; incluso antes que los famosos artículos de Azorín.

<sup>5</sup> *Cfr.* Francisco Quintana Navarro: *Pequeña historia del Puerto de Refugio de la Luz*, Las Palmas: Mancomunidad de Cabildos, 1985, págs. 33-4; B. Orłowski: «Ingenieros polacos en España durante el siglo XIX», *Llull*, vol. 10, núms. 18-19 (1987), págs. 125-137, esp. 132.

vilidad, de falsedad, se reflejaba en las cátedras» (*ibid.*). La educación que era lo únicamente necesario para dar el nuevo giro —pues la actitud política puede cambiar prontamente— no tenía salida inmediata. Era cúmulo de despropósitos y amañamientos decadentes.

### El genio patrio (Catedráticos y tertulias)

El falso genio de los eruditos hispanos es un error que hemos padecido tiempo ha. Ya Fr. Benito Jerónimo Feijóo, espejo de la 'insuficiente' Ilustración española <sup>6</sup>, advirtió de la mala senda que llevan estos pseudopersonajes de la historia. Ocupan un inflado lugar dentro de ella, apenas dejando espacio a los verdaderos sabios. Es una característica —una entre más— del *homo hispanus*, que, cuando se cree sus propias ínfulas, arrambla con todo lo que se le ponga por delante, sea esto bueno o malo.

Baroja dirige sus acerbas palabras a tan distinguida corte, retratando a uno de ellos, don José de Letamendi <sup>7</sup>.

« (...) Letamendi era de estos  
hombres universales que se tenían  
en la España de hace años;  
hombres universales a quienes no  
se les conocía ni de nombre  
pasados los  
Pirineos (...) En San Carlos corría  
como una verdad idiscutible que  
Letamendi era un genio» — «(...)»  
Leyó de nuevo el libro de  
Letamendi, siguió oyendo sus  
explicaciones y se convenció de  
que... no eran más que juegos de  
prestidigitadores, unas veces  
ingeniosos, otras veces vulgares...»

(*Adc*, págs. 38-9 y 41).

<sup>6</sup> La ilustración hispana ha sido tildada de «insuficiente» (E. Subirats) por no satisfacer las ansias y perspectivas de un movimiento transnacional de índole política y cultural. Las Ilustraciones europeas sí que llegaron a este tope mínimo de cambio de estructuras. En la España del 18, lo máximo que se alcanzó fue una leve brisa de «europeización». Hasta tal punto es así, que Américo Castro, en *Sobre el nombre y el quién de los españoles* (Madrid: 1973), presenta un Setecientos desastroso, por cierto recordando a Menéndez Pelayo en esto. Feijoo, la figura, queda en un plano marginal, pese al esfuerzo que realizó por poner a «sus compatriotas en la escuela de Europa»; pero «aprender y saber no es inventar y producir» (*Ídem.*, 256).

<sup>7</sup> Al contrario de lo que pueda parecer, Don José de Letamendi y Manjarrés existió, y además era un personaje muy nombrado en discusiones y tertulias (lo cita Oliver, *op. cit.*, pág. 106). Nació en Barcelona (1828) y murió en la capital de España en 1897. Escribió un centenar de artículos, varios

Estos catedráticos de pacotilla ('botarates de los mediterráneos'), que son flor de un día, no aportan nada especialmente bueno a la ciencia, sino todo lo contrario. Ineptos, calvatruenos son la contraimagen de aquellos otros, pocos pero valerosos, que supieron estar a la altura de los círculos más adelantados de la Europa ansiada y odiada. Santiago Ramón y Cajal es el ejemplo clásico que viene a la mente cuando pensamos en esos sabios honrados y de buena fe, quijotes de la ciencia. A la escasez de medios enfrentaban el ánimo e ingenio mediterráneos, convirtiendo penalidades y miserias en auxilios de la disciplina y desarrollando una actividad profesional —científica o educativa— de un nivel respetabilísimo. Y tanto que el extranjero, ese conjunto confuso de países del Norte, reconoció al fin la existencia de tales cerebros, que en su misma nación eran oscurecidos por la morralla universitaria de costumbre, con el Premio Nobel a uno de ellos, el citado neurofisiólogo aragonés.

Continuando con las cátedras, y, en general, con la educación universitaria, es menester hacer advertir que no todos correspondían a la imagen de un Letamendi. Los había, como digo, honrados y benevolentes y también rancios y un rato largo desfasados. Como en botica, había de todo. Pero, por reducir el conjunto a un género o regla manejable, la verdad es que «el catedrático era un hombre sin ninguna afición a lo que explicaba» (*Adc*, 34), que mascullaba una retahíla de conocimientos y prácticas que ni él mismo había digerido; allá ideas germanas, acá experiencias francesas, en un bati-burrillo que después era impreso y utilizado como libro de texto. El mayor perjudicado, por supuesto, era el estudiante que asistía —es un decir, por lo general desprecia-ban estas clases aburridas y pesadas— pasmado ante la hueca representación de saberes y novedosas experimentaciones. Y así discurría asignatura tras asignatura.

«Las asignaturas eran para marear a cualquiera, los libros, muy voluminosos, apenas había tiempo de enterarse bien (...) El libro de texto era un libro estúpido, hecho con recortes de obras francesas y escrito sin claridad y sin entusiasmo; leyéndolo no se podía formar una idea clara... »

(*Adc*, 23 y 34).

Faltan claridad y entusiasmo, dos de los ingredientes básicos de la enseñanza, sea el nivel que sea. Claridad de ideas y de exposición con lo que significa esto de deficiencia en los futuros graduados, que ven maltratadas sus vocaciones. La falta

---

folletos y dos libros sobre su disciplina académica, la *Patología General*. Los cronistas de la época hablan de un hombre de gran actividad y en múltiples campos, destacando por su poder de persuasión entre las masas juveniles, precisamente una de las faltas de este personaje, al decir de Augusto Pi Suñer y... Baroja. (Cfr. F. Bujosa, *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, t. I, 1983, págs. 525-6). Su posición sobre el darwinismo, la nueva ciencia, puede leerse en el *Discurso sobre la Naturaleza y el origen del hombre pronunciado en el Ateneo Catalán...* (1867); cfr. Diego Núñez (ed.), *El darwinismo en España*, págs. 91-93 (vid. Bibliografía)

de entusiasmo, además produce desgana y desinterés entre el alumnado por mejorar y ahondar en los conocimientos adquiridos. Sólo se piensa en terminar y cuánto antes mejor. Así era difícil sacar partido de los jóvenes meritorios.

Un intento de suplir esta carencia educativa fueron las *Tertulias*, a las que tanto apego tiene el español. Aunque Baroja le dedique al asunto apenas unas páginas (*Adc*, 31 ss.), nosotros vamos a estudiar en brevedad la importancia de estas reuniones. El español tiende a expresarse en círculos de amigos —no muy grandes, pero tampoco demasiado reducidos; cuatro o cinco es lo habitual. Son discusiones acerca de lo cotidiano, aunque también se extienden a temas científicos o intelectuales de moda. En concreto, la pasional tertulia de Andrés Hurtado va encaminada a gloriar a los grandes genios musicales de Mozart y Wagner, sobre todo este último. Sus resultados no sobrepasan el puro divertimento; mas hubo otras, celebradas en los famosos Cafés del Madrid antiguo, que proponían casi una alternativa a la enseñanza universitaria al uso: oyendo a los contertulios —buenos oradores en su mayoría— uno no echaba de menos a los fastidiosos discursos de las Aulas, a los ridículos y absurdos pastiches que eran los libros de texto, etcétera. Pero, por el contrario, la sugestión de la voz hacía de paladín del fatuo intelectualismo, del palabron no documentado; en una palabra, el entusiasmo corría a manos llenas, sólo que la ciencia quedaba en la superficie, como era de temer.

## II. LA CIENCIA EN ESPAÑA

Al presente, llegamos a nuestro punto de destino. La ciencia española —o lo que había de ella— en el siglo del Progreso. De nuevo, retornamos a esquemas ya aprendidos y síntesis trilladas: dejadez, falta de recursos, ceguera de propósitos y de futuro. *Malestar de la cultura*. En una era de grandes obras y asentamiento filosófico e ideológico de las ideas expuestas por los *philosophes*, España comenzaba el «siglo de la pérdida», si se permite la expresión.

### Universidad e intentos de reforma

Todavía es lugar común de la historiografía crítica moderna, empezando por el viejo erudito montañés, don Marcelino, cuestionarse el porqué de la elección de las doctrinas krausistas al objeto ser traídas a la España Restauradora. Sanz del Río, el joven hueraño becado en Alemania, creyó su deber y, lo que es más importante desde hoy, muy útil recoger los puntos centrales del Krausismo para llevarlos a la tierra íbera. Digo, sigue siendo tema de interés y duda histórica (Julián Marías escribió sobre el particular)<sup>7</sup>. Otra cosa es, evidentemente, la realización ideológica de

<sup>7</sup> «El pensador de Illescas» (octubre 1950), aparecida en *Ensayos de Teoría* de Julián Marías, Madrid: Revista de Occidente, 1966, 3.ª ed., págs. 239-264. Tiene el acierto de ofrecernos variados

ese conjunto de pensamiento importado del Norte. Los profesores —catedráticos la mayoría— que introdujeron y esparcieron las ideas krausistas, en un primer momento, desde la Universidad Central de Madrid y a través de los cursos de Derecho, ocasionaron un movimiento de y hacia la libertad de educación, no menos que de reforma. Los postulados, impresos fielmente en los estatutos de la veterana Institución Libre de Enseñanza, la popular ILE (1876), y animados por el talento personal del pedagogo don Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), van más allá de la mera reforma educativa, sentando las bases de lo que, en la actualidad, entendemos por educación integral del individuo. Esta iniciativa, como era previsible, atrajo personas preocupadas por el progreso y el adelanto de la nación en el grupo de países civilizados, y también fue motivo de ojerizas y quebrantos mayúsculos. Uno de ellos fue la segunda *Cuestión Universitaria* (1875), que tuvo, desgraciadamente, de protagonistas a los jóvenes catedráticos (Augusto González de Linares, Laureano Calderón), afectos a las novedades karusistas —o darwinianas—, que se resistían a someter programas y decisiones académicas a las prerrogativas gubernamentales, y a determinados sectores ministeriales (Manuel Orovio).

Un tira y afloja que venció el progresismo de las ideas renovadoras de los catedráticos réprobos. [El detalle de la discusión puede seguirse en un interesante y ameno artículo del sobrino de Pío Baroja, don Julio, que está editado, formando antología con otros, bajo el título de *Vidas poco paralelas (con perdón de Plutarco)*, en Madrid].

Según el antropólogo vasco —del que nos dejamos guiar—, es indisoluble la Cuestión Universitaria de la introducción de la Nueva Ciencia en España, en concreto del darwinismo y teorías afines. En este trabajo, mantenemos esta hipótesis: afirmando la inseparabilidad histórica de la petición de reformas en la enseñanza superior con la llegada de los principios transformistas<sup>9</sup>. Es lo curioso, por el inhe-

---

fragmentos de la literatura relacionada con Sanz del Río. Especialmente, una carta de Amiel, del 15 de agosto de 1844, en la que manifiesta éste su amistad por el español y además dice algo relevante sobre la condición del profesor hispano en Alemania (Heidelberg): «(...) le philosophe Julián Sanz del Río, qui étudie la philosophie de Krause, en mission su gouvernement pour le reconstitution de l'Université de Madrid» (cit. en pág. 247, subrayado mío). Por lo demás, la influencia germana sobre España puede ser seguida en el libro de Hugo Kehrer, *Alemania en España (influjos y contactos a través de los siglos)*. Madrid: Alianza, 1966, págs. 112-113.

<sup>9</sup> Un testimonio: en el año del *boom* de la Cuestión Universitaria (1875), escribía Emilio Castelar, alegando como profesor catedrático de la Universidad Central: «(...) V. I. sabe que yo he consagrado todos mis desvelos a la defensa de dos libertades fundamentales: de la libertad religiosa y de la libertad científica, necesarias a todas las naciones, indispensables a nuestra España. Pues yo creo que estas dos manifestaciones de la libertad han sido vulneradas al poner por límite de la ciencia, no sólo ciertas instituciones, sino también los dogmas de la religión del Estado. (...) Si es necesario sujetar la ciencia a la religión del Estado, ¿cómo podrá explicar geología un Catedrático que profese la doctrina de Darwin o Wallace; Derecho y Moral un Catedrático que profese la doctrina de Vischer; Filosofía o Historia un Catedrático que profese la doctrina de Hegel? (...) Yo estoy por la libertad, por el derecho, y cuando en el curso de la historia veo que cualquier secta combate estos principios, combato yo esta secta. ¿Cómo quiere, pues, V. I. que me someta a la censura de una estrecha ortodoxia...?» (Carta al Ilmo. Sr. Rector de la Universidad Central de Madrid, 19-III-1875, en *Textos y Documentos...*, cit., págs. 239-240).



rente paralelismo, que las doctrinas fijistas o vitalistas coincidan con la defensa a machamartillo del ideal católico, y que, en oposición, la recepción de Darwin (o incluso Krause) aúne voluntades en pos de una mayor cota de libertades en la universidad, para luego extenderse a todos los ámbitos de la educación.

## Ciencia vs. Vida

Retomando la obra barojiana, entramos a dilucidar una dicotomía que, para dar muestra de la importancia que le daba el escritor, ocupa en *El árbol de la ciencia* un capítulo entero. El capítulo rubricado «Inquisiciones», que es un diálogo profundo entre Andrés Hurtado y su *alter ego*, el tío Iturrioz.

Lo primero que hay que señalar, antes de nada, es que la tipología caracterizada por medio del elemento rezagado, proviene en el texto de Baroja, de una distinción honda. No es, aunque se halla en el espíritu de la época, la derivación gobi-neuniana de la separación y jerarquía de razas o nacionalidades, cuanto una realidad muy pensada. Es más: el alegato barojiano, en contra de lo que pueda parecer, arraiga directamente en una reflexión— dejando de lado el aspecto de convicción, que lógicamente, tampoco falta pero en un segundo plano. Es decir, las inquisiciones de Iturrioz y su sobrino manifiestan un supuesto o real diálogo interior del autor consigo mismo, del cual nos hace patíopes merced a los personajes, que en este momento de *El árbol de la ciencia* pierden valor literario, semejando títeres en una representación. Por un sí por un no, la novela gana en densidad y sentido y se devalúa artísticamente. (Baroja, consciente de ello, ordenó las partes de la obra con el fin de que la cuarta —a la que nos referimos— quedara ubicada en el entremedio de las siete restantes).

Al movernos en el terreno resbaladizo de los pensamientos originales, hemos intentado describir y analizar lo más correcta, detallada y precisamente las páginas escritas por don Pío.

La dicotomía *árbol de la ciencia / árbol de la vida* está tomada de la Biblia, en concreto del Génesis, según es admitido en las palabras de Iturrioz (*Adc.* 131). El *árbol de la vida* comprende los actos vitales, de raigambre instintiva en el ser humano, que no están necesitados de esfuerzo y erguimiento conceptual; por ende, el hallarse en el segmento de la vida es visto de manera optimista. El *árbol de la ciencia* adquiere significado al conquistar nuevas modalidades de la realidad; el datum vital no es un logro, sino un hecho que hay que ir superando paulatinamente. Es una continua brega por dar sentido a nuestro alrededor, una aspiración no mediata, o un efugio hacia la inmortalidad: el estado de la conciencia. El pesimismo, pues.

La antropología que origina esta visión es bastante peculiar. De una parte, el hombre que engaña y se engaña a sí mismo, el pesimista consciente, el *tipo semítico* de la cultura, casi un monstruo: «El semitismo, con sus imposturas, ha dominado al mundo, ha tenido la oportunidad y la fuerza; en una época de guerras dio a los hombres un dios de las batallas; a las mujeres y a los débiles, un motivo de lamentos, quejas y de sensiblerías» (*Adc.* 132-133). Por otro lado, el tipo ibérico, ajeno a tales supues-

tos, «destructor de la mentira grecosemítica» (*ibid.*), y que renueva el anhelo vital, mas ofreciendo la mirada crítica del hombre.

Siendo simplistas, podemos esquematizar lo expuesto en favorecedores de la vida y pensadores de la ciencia. *Biófilos y filósofos* (*Ibid.*, 134). Pero no sería correcto; como tampoco lo es poner en un platillo inteligencia y en el otro voluntad. El «antisemitismo filosófico» de Baroja <sup>10</sup> no es del tenor de un pasquín callejero: claro es que su punta acerada va dirigida a «esos buenos judíos, con sus narices corvas», aunque no el sentido racista, sino con el matiz epistémico. La lectura de Schopenhauer, el maestro de Nietzsche, flota en el ambiente. La reconstrucción filosófica iniciada por el tándem germano es lo que aquí se ventila y no los resultados del tal debate <sup>11</sup>. Con todo, a la destrucción de las mixtificaciones «grecosemíticas», Iturriz (Baroja) opone el discurso de la esperanza; *Arbol de la vida* y *Arbol de la ciencia* deben estar unidos para apoyarse el uno al otro. En palabras del personaje: «yo no puedo aceptar esa teoría de la duplicidad (...) lo que quiero decir es que no creo que la voluntad sea sólo una máquina de desear y la inteligencia una máquina de reflejar (...) somos hombres que al mismo tiempo piensan, trabajan, desean, ejecutan...» (*Adc.*, 135-136).

Esta postura filosófica, tremendamente epocal, tiene implicaciones sobre el conjunto de la ciencia. De hecho, la gran mayoría de las palabras que Iturriz descarga en su sobrino, tiene la función de desquitarle del amodorramiento intelectualista. «El intelectualismo, el criticismo, el anarquismo, van en baja», le dice, con el fin de que reflexione y alcance la madurez. Pero esto, que es una admonición individual, pasa a ser —si me apuran— el punto nodal del pensamiento barojiano. Este mismo deseo de despertar, de recobrar voluntades y desleñarse de sueños patrios es lo que da viveza a su pluma. Ahora, se entienden su extraño antisemitismo, su odio a la intolerancia y el derrotismo y la esperanza en un porvenir. En un término: su *noventayochismo*.

### III. LA AUTÉNTICA SITUACIÓN

El perfil de la generación del 98 es, *grosso modo*, pesimista, aunque de gran porte intelectual. Es la literatura, la reflexión, la historia de un fracaso, no por más conocido menos angustiante. Una élite de intelectuales y literatos tras un misterio. Algo

<sup>10</sup> Sobre este fenómeno, dice Gómez de la Serna (vid. **Bibliografía**, pág. 539), con su acostumbrado cinismo: «El antisemitismo de Baroja es graciosísimo. Él es una especie de judío errante... pero tiene una idea de los judíos absurda, panorámica, como si los trazase en una plancha al aguafuerte y al revelárselas a sí mismo en la prueba se revolviere contra sus concepciones de pesadilla».

<sup>11</sup> Es sabida la gran importancia que tuvieron los filósofos alemanes de corte pesimista en la intelectualidad del 98. A Nietzsche dedica J. L. Abellán, en su obra *Sociología del 98* (en **Bibliografía**), la siguiente sentencia: «Nietzsche es, entre todas las influencias que recibieron los del 98, la más importante y decisiva» (pág. 29). No obstante, Baroja cita a gusto a otros personajes de la cultura alemana, a partir de la página 41 del relato (Kant o Fichte). Incluso, en ambientes alejados de la literatura, se hacía perceptible esta «embajada alemana», *cf.*: Ramón y Cajal, *Mi infancia y juventud*, en **Bibliografía**, página 193).

se había roto en el mosaico, hasta ese instante, no digamos perfecto pero sí rotundo de la españolidad. La esencia del alma hispana se resquebrajaba: los historiadores aportaron luces sobre el cuestionamiento, y surgió la polémica Albornoz-Castro. La historia de criterios geográficos frente a una historia antropológica. Tierra o sangre. O, en la bella lengua barojiana, el hombre ibérico o el hombre semítico. Mas, con todo, con los ensayos históricos de intención alumbradora, aun persistía la oscuridad. Y este es el marco en el que se fraguó *El árbol de la ciencia*, en 1911.

### El ideal roto.

Los vaticinios del destino habían sido dados siglos atrás. El Siglo de Oro español termina allí donde comienza la era del método científico-experimental de Descartes y Galileo, de 1630 a 1640. España cantaba sus antiguas gestas en obras de genialidad, que por sí solas merecen un lugar privilegiado en el acervo común, mientras, en cambio, la Europa del Norte adivinaba un nuevo mundo de mercancías y tecnología. La España del «después» de la época áurea languidece en medio de la mediocridad; la Ilustración —o su intento hispano— no puso remedio al problema, sin embargo tampoco lo agravó.

Sobran muchas cosas...

«(...) Sobran también un poco de sol, un poco de ignorancia y bastante de la protección del Santo Padre, que generalmente es muy útil para el alma, pero muy perjudicial para la ciencia y para la industria» (*Adc*, 238).

Y faltaban dos al menos: Reforma y Enseñanza. La una o la otra, o las dos juntas —qué mejor—, harían del país del exotismo una nación de prosperidad. El Conde Campomanes (*Discurso sobre el fomento de las industrias populares*, 1774; Sinapia), Feijóo (*Causas del atraso de las ciencias...*, 1745), las Reales Sociedades, la Prensa (*El Pensador*, de Clavijo y Fajardo), etc., emprendieron la marcha; pero...

### La Academia

Mediante un sencillo ejercicio de comparación de textos creo llegar a ilustrar la deficiente situación académica de las universidades españolas. Se trata de un trozo de párrafo de *El árbol de la ciencia* y un fragmento de una carta de don Marcelino Menéndez Pelayo, dirigida a su amigo Leopoldo Alas *Clarín*, fechada en Santander, el 26 de julio de 1895. (N.B. Estimo que don Marcelino, aparte polígrafo y erudito famoso, es hombre de la menor sospecha de progresismo, lo que da más valor al testimonio).

Baroja.

«(...) Los profesores no sirven más que para el embrutecimiento metódico de la juventud estudiosa. Es natural. El español todavía no sabe enseñar; es demasiado fanático, demasiado vago y casi siempre farsante. Los profesores no tienen más finalidad que cobrar su sueldo, y luego pescar pensiones para pasar el verano.» (*Adc*, 124).

Menéndez Pelayo.

«(...) Yo también he tenido carta del pobre Farinelli... Si en España hubiera más sentido común y menos rutina, ¡cuánto se ganaría haciendo entrar en nuestra enseñanza a este y a otros jóvenes extranjeros, para que sirvieran de modelo y estímulo a tanto zángano como puebla nuestras cátedras sin tener idea siquiera de lo que es el método científico!»  
(*apud* M. Menéndez Pelayo, *Epistolario* [XIII: junio 1894-junio 1896], ed. Manuel Revuelta Sañudo, F.U.E., Madrid, 1987, carta núm. 419, página 325).

Según don Pío, el profesorado, por lo general, es vago, conformista, fanático y bastante apegado al dinero para ser buenos enseñantes. Don Marcelino, amén de rutinario, insensato y falto de método, dice que hay que buscar fuera de España lo que en ella parece no haber: buenos y estimulantes educadores. La sentencia es unánime: la Academia sufre del mal del «zanganismo», lo que demuestra, irrefragablemente, la ineficacia de las instituciones universitarias españolas en la década de los 90.

### **Estructuras y arbitrariedades**

Siempre ha corrido la idea de que España es un país proclive a la picaresca. No estaría de más, explicar la razón y continuidad de un consenso tan poco favorable. Giacomo Casanova, el famoso flirteador de tantos cuentos y ficciones, que pasó por

Madrid, Sierra Morena (Córdoba) y otros puntos de la geografía española, atestiguan con rotundidad este «defecto», en un relato del viaje que forma parte de su monumental *Historia de mi vida* (1790 ss.), redactada en francés. No es este el sitio adecuado para extenderse sobre los asuntos del veneciano, pero quede de manifiesto que a la vista de Casanova: éramos una nación, que sí, que luchaba desde las alturas por la reforma (el ordenancismo), que intentaba sumarse al carro de los países civilizados de Europa, que en fin, deseaba la *ilustración*, aunque hundida en la miseria social y económica. Tierra más que abonada para la suspicacia, el gateo y la picaresca.

Ese «éramos» del que hablamos está contextualizado en el Setecientos. Ahora cabe una pregunta: ¿seguiría siendo la situación en el Ochocientos la misma?; ha pasado una centuria y sería razonable pensar de la manera contraria, o —es lo menos— admitir cierta evolución con respecto a la imagen presentada por Casanova de ciudades sin fondas habitables, pobladas de chinches, y de un odio visceral a lo extranjero <sup>12</sup>. Ciertamente en 1800, las fondas son ya mínimamente decentes, la aversión a lo extranjero no es tanta, aunque perdure latente, las ciudades han crecido y España toda encara la era industrial. Sin embargo, la corrupción y la picaresca continúan impidiendo un cambio de raíz.

«(...) La inmoralidad —dice Baroja— dominaba dentro del vetusto edificio. Desde los administradores de la Diputación Provincial hasta una sociedad de internos que vendían la quina del hospital en la botica de la calle Atocha, había seguramente todas las formas de filtración» (*Adc*, 54-55).

Estas tristes palabras tienen por destino un hospital madrileño de la época. En rigor, la superficie tolera los cambios, mas las estructuras, anquilosadas y corruptoras, permanecen inmutables en el Siglo del Progreso. Una mancha, que igual que la de aceite, descompone cualquier iniciativa. La inmoralidad hacía perder la bondad de los nuevos e ilusionados proyectos. «Pero a ministros como [éstos] vaya Ud. a hacerles entender esto», decía Menéndez Pelayo en la carta citada. Este «vetusto edificio» del que escribe Baroja es la Vieja España en corrosión.

La realidad de un país abocado a la penuria, ese es el dictamen de don Pío.

<sup>12</sup> Un testimonio: «En 1776, Voltaire comentaba al viajero inglés Sherlock: 'Es un país del que sabemos tan poco como de las más salvajes regiones de África, pero no vale la pena conocerlo. Si un hombre quiere viajar por él debe llevar su propia cama, etc. Cuando llega a una ciudad, en una calle tiene que comprar una botella de vino, en otra un trozo de mulo, en una tercera encuentra mesa y, entonces, puede cenar'» (Ana Clara Guerrero, «Los viajeros ingleses y la España ilustrada», *Revista de Occidente*, 89 (1988), págs. 21-36; cita: pág. 55).

## Problemas y salidas

A la par que el defecto estructural de la Vieja España, la ciencia española estaba postrada teóricamente, y en la práctica también. «¿Por qué no había experimentadores en España, cuando la experimentación para dar frutos no exigía más que dedicarse a ello?» (*Adc*, 238), se preguntaba Andrés Hurtado. Los únicos recursos existentes eran dispuestos por unos pocos, no siempre los mejores. La ciencia debía tomar un camino distinto al entonces practicado. El procedimiento a seguir, se nos antoja difícil, complejo y requerido de gran energía y empuje, incluso de las propias instituciones.

La realidad científica, distribuida en campos o por disciplinas, era penosa. A excepción de los genios de la ciencia, pocos grupos trabajaban en líneas de investigación innovadoras. Por lo demás, el «científico», aquí ser rarísimo, tiene que habérselas con la mentalidad refractaria de generaciones hacia el ejercicio de la ciencia. De esta guisa, el sabio debe reunir en su persona las condiciones de un pedagogo social: ha de saber explicar y aplicar sus conocimientos en la sociedad y a la sociedad —algo de este curioso fenómeno hemos referido al tocar el Krausismo y la ILE. No en vano, a este final de siglo se le conoce como un período de resurgimiento profesoral, de las labores docentes y pedagógicas de un reducido círculo de hombres de ciencia (Cajal, el inolvidable Rodríguez Carracido, etc.).

Empero, dos eran los grandes escollos psicoideológicos que se oponían al desarrollo y práctica de la ciencia en España. Claro es que analizamos superestructuras, o más apropiadamente, mentalidades.

El primer escollo, el Escila hispano, comienza por hacer de menos a los sabios científicos, desposeyéndolos de la primera y vital fuerza en el tejido social, la confianza en su trabajo, y termina por arruinar la credibilidad gracias al cinismo.

«(...) he querido hacer primero una prueba en España, y me voy desalentado, descorazonado; aquí no se puede hacer nada... ¿Dónde se va a estudiar en España el proceso evolutivo de un descubrimiento? ¿Con qué medios? ¿En qué talleres? ¿En qué laboratorios? —En ninguna parte. —Pero, en fin, a mí esto no me indigna... lo que me indigna es la suspicacia, la mala intención, la petulancia de esta gente...» (*Adc*, 207; fragmento de un diálogo entre Fermín Ibarra y Andrés Hurtado).

El segundo escollo, el Caribdis, es simple pero profundo. Háblanos de la ignorancia e incredulidad de las gentes. Ahora, como antes y después, el español desconfía de los éxitos de la ciencia. No los cree; ya sea por no achicarse en un mundo en constante movimiento, ya sea por falta declarada de conocimiento, la general postura pertenece al absurdo. Reproducimos dos textos significativos: el primero (A), ejemplo de incredulidad; el segundo (B), teatro de la petulancia que insiste en viejos patrones.

- (A) «La dictadura científica que Andrés Hurtado pretendía ejercer no se reconocía en la casa... la criada no le obedecía.  
 ... ..  
 —¿No ha oído usted decir que hay unos gérmenes..., una especie de cosas vivas que andan por el aire y que producen las enfermedades?  
 —¿Unas cosas vivas en el aire? Serán las moscas.  
 —Sí; son como las moscas, pero no son las moscas.  
 —No; pues no las he visto.  
 —No; si no se ven; pero existen. Esas cosas vivas están en el aire, en el polvo, sobre los muebles... ¿Ha comprendido usted?  
 —Sí, sí, señor.  
 ... ..  
 (...) Y la criada vieja contaba a las otras que el señorito estaba loco, porque decía que había unas moscas en el aire que no se veían y que las mataba el sol.»  
 (Adc, 115-116).
- (B) «(...) Varias veces discutían acerca de la religión, de política, de la doctrina evolucionista. Estas cosas del darwinismo, como decía él, le parecían a don Blas cosas inventadas para divertirse. Para él, los datos comprobados no significaban nada. Creía en el fondo que se escribía para demostrar ingenio no para exponer ideas con claridad, y que la investigación de un sabio se echaba abajo con una frase graciosa» (Adc, 176).

La salida, o salidas, a esta situación de penuria es la educación, la información, el didactismo. Compete directamente a la acción ejecutiva de los estados; pero mientras no cambien las estructuras arbitrarias y corruptas de la administración poco ha de hacerse. La información también puede ser ejercida en los medios de comunicación a través de la difusión, aunque éstos deben conseguir un grado mayor de responsabilidad y actualización («... pero cojo un periódico español y me da asco; no habla más que de políticos y de toreros. Es una vergüenza», *Adc*, 207; fragmento de F. Ibarra).

En fin, los sabios deben ocuparse de estar al tanto de las últimas novedades, no cejando en su preparación y en la preparación de otros. No desmayar en las tareas y en el ánimo porque «la ciencia marcha adelante, arrollándolo todo» (Baroja).

#### IV. CONCLUSIÓN

Escribía el famoso James A. Joyce, hacia el 1900, cuando contaba dieciocho años de edad, que el drama es la vida, y la vida es, perpetuamente, un drama. En esto seguía a su caro maestro danés Ibsen, al cual dedicó luminosas páginas. Pues bien, esta sentencia del irlandés toma encarnadura en la ciencia española: es un poema trágico observar a los pocos científicos dedicados abnegadamente a la práctica de su conocimiento en un medio miserable como el Ochocientos.

Y no podía ser menos en un país que consideraba a los hombres de ciencia «seres groseros y vulgares». Tal vez haya en este desprecio un rasgo remanente de la actitud aristotélica en respecto de las actividades técnico-manuales, pero, sea lo que fuere, en nada beneficia a la colectividad. Pío Baroja en este, su triste libro, *El árbol de la ciencia* la emprende con la sociedad y sus ridículas estructuras que obstruyen la labor entusiasta o de alcance. El tono pesimista de la narración es un atizar cuasi-mesiánico en las conciencias al efecto de la denuncia y búsqueda de alternativas. Este es el *mensaje* de Baroja.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J. L.: *Sociología del 98*, Eds. Península, Barna. 1973; cc. 1 y 3.
- CARO BAROJA, J.: *Vidas poco paralelas (con perdón de Plutarco)*, Eds. Turner, Madrid. 1981. Último capítulo.
- *El darwinismo en España*, (sel., introd. y ed. D. Núñez), Ed. Castalia, Madrid, 1977.
- ESTÉVANEZ MURPHY, N.: *Mis Memorias*, con prólogo de J-L Fernández-Rúa, Eds. Giner, Madrid, 1975.
- GÓMEZ DE LA SERNA, R.: *Retratos completos*, Ed. Aguilar, Madrid, 1961. (Baroja: 519-541; Unamuno: 542-566).
- *La Institución Libre de Enseñanza*, Cuadernos Historia 16, núm. 168, Barna., 1988.
- MARICHAL, J.: *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Alianza Ed., Madrid, 1984. (Varias ediciones).
- ÓLIVER, M. S.: *La literatura del desastre*, Eds. Península, Barna., 1974.



- RAMÓN Y CAJAL, S.: *Mi infancia y juventud*, Espasa Calpe, Madrid, 1955, 6a. ed.; cc. XIX-XXI y XXVI.
- TUÑÓN DE LARA, M.: *Medio siglo de cultura española (1885- 1936)*, Ed. Tecnos, Madrid, 3a. ed.; segundo capítulo.
- UNAMUNO, M. de: *Recuerdos e intimidades*, con pról. de J. Marías, Eds, Giner, Madrid, 1975. («Segunda Parte» de «Recuerdos de niñez y mocedad», páginas 57 ss.).